

MATEO MORRAL

# *Pensamientos Revolucionarios*

de

*Nicolás  
Estévez*

*Prólogo de  
Federico Urales*

*Olañeta Editor*



El movimiento libertario, en general, se ha movido siempre entre dos o tres tendencias, fruto sin duda de la inexistencia de una "teoría" o de un modelo teórico, coherente y cerrado. Pero precisamente es en esta supuesta laguna ideológica donde algunos ven la propia riqueza del anarquismo. Pero al mismo tiempo no hay duda que se trata también de su talón de Aquiles en cuanto a la debilidad organizativa que ello puede implicar.

Este es el marco en donde cabe inscribir el curioso, y hoy documental texto, que presentamos.

Un texto donde se entremezclan algunos de los componentes del anarquismo de primeros años del siglo: Encontramos el anarquismo de Federico Urales, rebosante de vitalidad y me atrevería a decir, de pacifismo; sería el profético, el puro, el casi místico: El anarquismo de Morral, más conocido sin duda por su descabellado y



626 8000

MATEO MORRAL

PENSAMIENTOS REVOLUCIONARIOS  
DE  
NICOLAS ESTEVANEZ

Ex-ministro, Brigadier del Ejército Español

Prólogo de FEDERICO URALES



Pequeña Biblioteca CALAMVS SCRIPTORIVS

BARCELONA - PALMA MALLORCA

1978

PEQUEÑA BIBLIOTECA CALAMVS SCRIPTORIVS

Libros antiguos y modernos,  
documentos, epistolarios, manuscritos.

17



Diseño de Rafael Llinás  
© José J. de Olañeta, Editor.  
Apartado 1834 Barcelona

Distribución:  
Les Punxes, Escornalbou, 12 Barcelona  
Papa Juan XXIII, 5, E. Palma de Mallorca

ISBN 84-85354-06-0  
Depósito legal B - 16.452 - 1978

Printed in Spain  
Industria Gráfica Pasaje



Retrato macabro. Mateo Morral, ya cadáver, tras el atentado frustrado contra el rey Alfonso XIII el día de su boda.



## PROLOGO

NICOLAS ESTEVANEZ

Le conocí ya de viejo. Nos frecuentaba a menudo cuando vivíamos en Madrid, algunas veces con el abnegado Fermín Salvochea, su amigo en ideas y en espíritu revolucionario. Sospeché que andaba muy mal de dinero el pobre. Había rehusado los honores de la Cruz de San Fernando, supremo honor en el ejército español del que formara parte. Había, también, rehusado a los honores y a los pagos de su grado de brigadier y a su paga de ex-ministro del Estado español. Y ya de viejo, había de vivir de su pluma con la escasez propia de que, en España, viven las plumas independientes.

Nicolás Estévez, nació en Canarias el año 1838. Era alto y bien plantado, como Galdós y Guimerá, también canarios.

Tomó parte en la revolución de 1868 y un año después, en el movimiento federal, doctrina política que sustentó toda su vida. Fue detenido en Béjar y encerrado en las cárceles de Salamanca y de Ciudad Rodrigo. Estuvo preso hasta que fue comprendido en la amnistía promulgada el año 1870 para celebrar la coronación de Amadeo; pero por revolucionario fue dado de baja en el ejército a pesar de que llegó a ser uno de sus principales técnicos.

Representó a la ciudad de Salamanca en las Asambleas federales y fue profesor en el Ateneo militar.

Con Pí, Orense, Castelar y Figueras, formó parte del directorio republicano. Para diputado en las Cortes Constituyentes, fue elegido por tres distritos, siendo uno de ellos Madrid y su país natal. Optó por el acta de Canarias.

En noviembre de 1872, inició una revolución por toda Andalucía, apoderándose de la ciudad de Linares y derrotando a la columna del general Borrero. Al ser proclamada la República, después de haber renunciado al empleo de brigadier, fue nombrado gobernador de Madrid y sofocó varios movimientos antirepublicanos confiándole más tarde el Ministerio de la Guerra, en el desempeño del cual, se distinguió por su probidad y liberalismo, rechazando las proposiciones que le hicieron algunos elementos militares de proclamarse dictador.

Al caer la República, se refugió en Portugal, de donde fue expulsado a petición del gobierno español, trasladándose entonces a París. En la capital de Francia fijó su residencia, viviendo de traducciones, de artículos y del producto de algún libro, después de haber sido ministro y de haber rehusado todos los honores y pagas de su carrera política y militar.

Conspiró siempre y siempre estuvo pensando en su República federal, pues federales eran entonces todos los republicanos. Los dividió el Poder y la proclamación de una República por unas Cortes monárquicas, en su mayoría. Se adoptó la República, como forma de gobierno, no porque fueran de ella partidarios la mayoría de los diputados, sino como un mal menor. Y la República no pudo ser federal o no fue federal, por culpa de los republicanos a quienes el Poder convirtió en unitarios. De ahí las convulsiones de Andalucía, de Cartagena y Alcoy.

En frente de la revolución cantonal de Cádiz, de Car-

tagena y de Alcoy, se pusieron los internacionalistas federales de aquel tiempo. En Cádiz, nuestro entrañable amigo Fermín Salvochea. Al frente de la revolución cantonal de Cartagena, se puso otro carácter, que luego, ya en su vejez, también fue muy amigo nuestro; José López Montenegro, teniente coronel de Infantería y autor de «El botón de Fuego». Al frente de los sublevados de Alcoy, se puso otro internacionalista, secretario que era de la Federación Regional Española. Se llamaba Albarracín, a quien no pudimos conocer, porque murió tuberculoso, muy joven.

\* \* \*

El espíritu de aquellas insurrecciones cantonales era el espíritu del anarquismo de hoy. Más depurado, mejor delineado, más concreto con ideales puramente propios de nuestros días.

Cuando Nicolás Estévez nos visitaba en nuestra redacción de Madrid, en sus últimos tiempos, mi compañera estaba encinta de Federica. Estévez tenía un tic: abría y cerraba los ojos continuamente y al nacer Federica y en sus primeros años, tenía el mismo tic que Estévez. ¿Había influido en Federica en embrión, las visitas que nos hacía Nicolás Estévez? Con tal motivo yo gastaba algunas bromas a mi compañera sobre los motivos que habían podido influir en que Federica tuviera el mismo defecto visual que Estévez. Sin embargo, el pobre era ya viejo. Luego se marchó otra vez a París y a Federica le desapareció el tic. No le vimos más.

Dejó escritas varias obras y artículos muchos: «Memorias autobiográficas», publicadas en «El Imparcial» de Madrid y luego en un tomo, «Calandraca»; «Resumen de la

Historia de España», que escribió para la Escuela Moderna. Fue redactor de «El Noticiero de España» y colaboró en «El Imparcial», en «Las Dominicales», en «Gente Vieja», de Madrid y en el diario de Tenerife.

Era un hombre cordial, sencillo, modesto, gracioso, dicharachero. En fin, era un hombre.

Por serlo, rechazó todos los honores y las vanidades de su carrera política y militar.

De su temperamento revolucionario dan fe los escritos que de Nicolás Estévanez publicamos en este volumen.

FEDERICO URALES

## INTRODUCCION

Hace algunas semanas, tuve ocasión de leer en «El Diluvio» un artículo de Estévez que, si he de ser franco, no me enseñó cosa ninguna; pero confieso que me hizo meditar. Después supe que ese artículo se había publicado en diferentes periódicos, siendo comentado en varios círculos, y no faltando algún camarada nuestro que lo sepa de memoria. Es indudable, pues, que otros verían en el artículo algo que a mí se me escapó. Sin embargo, ya es un triunfo en escritos de ese género el hacer pensar; y aunque a mí no se me apareciera la sustancia, pudo ser por mi cortedad de vista.

De pronto me vi en la precisión de hacer un viaje a París, residencia actual de Estévez, y se me ocurrió la idea de hacerle una visita. Se la hice, efectivamente; yo no le había tratado nunca, pero el amigo Ferrer Guardia me dio para él una carta de presentación.

Como era de esperar, el viejo republicano me recibió cortésmente. Seis conferencias celebré con él: tres en su casa, una en la mía y las dos últimas en el café de Flora. No hablamos solamente de su artículo, sino también de otras cosas que en este opúsculo relataré, algunas de viva actualidad. Y he de consignar mi juicio respecto a ciertas apreciaciones suyas, pues no estoy conforme con alguna de ellas.



Tan raras me parecieron en sus labios algunas de las cosas que le oí, y otras, a mi entender, tan nuevas e interesantes, que le pregunté por qué no las publicaba en uno o más folletos. Me contestó que no valía la pena y que, por otra parte, no tenía tiempo de escribir. Entonces le dije que me autorizara a mí para publicar las notas que tomé, y lo hizo de buena voluntad. Así lo hago constar para que nadie crea que he cometido un abuso.

Cerraré esta «Introducción» insertando el artículo de Estévanez a que antes me he referido, ya que ha sido el fundamento de las conferencias que hemos celebrado.

**Helo aquí:**

## «PENSAMIENTOS INACTUALES»

Estos pensamientos no son precisamente imitación de Pascal; pero hoy me ha dado por la Metafísica.

Filosofemos, pues.

\* \* \*

Las revoluciones dignas de tal nombre las hace el pueblo.

Un partido político no ha hecho jamás una revolución. A lo sumo, iniciarla.

Partidos que se tienen por revolucionarios suelen decir que no se mueven por carecer de armas y de municiones.

Puede ser que carezca de armas un partido; el pueblo, nunca.

En toda ciudad grande hay siempre más armas de combate que combatientes posibles.

\* \* \*

En las guerras civiles y en las revoluciones populares, el mejor armamento no es el más perfeccionado ni el de más universal nombradía, sino el de menos peso.

\* \* \*

Cuando en las guerras modernas se agotan los cartuchos, es más difícil igualarlos que igualar las condiciones destruyendo los del enemigo.

Con un fósforo se hace volar un repuesto; con una bomba se destruye un parque.

\* \* \*

En todo campo de batalla, poblado o despoblado, hay unas cuantas posiciones decisivas; la victoria es del primero de los beligerantes que las ocupa sólidamente.

La fuerza que entra en batalla sin reservas siempre es vencida. En la guerra campal, los ejércitos las establecen a retaguardia de su centro o de sus alas; en la lucha de calles, el pueblo debe situarlas en el subsuelo.

¿Qué ciudad no tiene catacumbas, alcantarillas o siquiera sótanos?

\* \* \*

En las antiguas revoluciones el triunfo era de los bravos; en las modernas de los fuertes, de los astutos, de los previsores; en las venideras, seguramente será de los electricistas.

Estudad, jóvenes, las mil aplicaciones de la electricidad.

\* \* \*

Cuando un partido consigue la victoria por la violencia, más que a su fuerza la debe a la flaqueza del contrario.

\* \* \*

No hay ejércitos que basten para vencer a un pueblo. Pero un partido político jamás ha sido un pueblo; ni siquiera todos los partidos juntos suman la cuarta parte de la población.

\* \* \*

En la guerra de las calles es más útil para los revolucionarios matar caballos y mulas que generales o jefes. Y el ganado mismo es preferible no matarlo: basta con herirlo o «adormecerlo».

El combatiente irregular no debe ser pródigo en sus proyectiles, que suelen andar escasos. No debe tirarse a los inofensivos, como tambores, músicos y capellanes. So-

lamente se debe afinar la puntería cuando se tiene enfrente un general o un caballo; sobre todo un caballo, porque no hay esperanza de que éste capitule.

Una agresión a palos y pedradas es rechazada a veces con fusiles y cañones. Por eso es lícito responder a los disparos de fusil y de cañón con todos los inventos, con todos los ingenios, con todos los explosivos presentes y futuros.

\* \* \*

Que los viejos son inútiles para guerrear lo sabe todo el mundo; pero pocos saben el por qué.

Es que les pesan las piernas, por lo cual no corren.

¡Correr!... A esto se reducen las guerras irregulares.

\* \* \*

Véase la historia: Toda sublevación que se ha iniciado de noche ha sido fácilmente sofocada; las que han triunfado, así en España como en el extranjero, han sido siempre diurnas.

Y se comprenden bien: Una sublevación en pleno día puede sorprender a las autoridades; en la callada noche, la policía más torpe advierte preparativos. De día produce indefectiblemente confusión y pánico; de noche, el enemigo tiene las calles libres para maniobrar. Y, por último, los ciudadanos que han de auxiliar una sublevación abandonan más fácilmente, si es de día, la oficina, el taller o la taberna, que si es de noche la mujercita y la cama.

Conviene que el caudillo popular en un día de revolución, entienda poco o no entienda nada de milicia, porque si es militar verá en seguida muchas deficiencias, echará de menos varias cosas y vacilará. Un hombre civil, desconocedor del arte de la guerra, tendrá la osadía de la ignorancia. Es el caso de cierta amputación que fue necesario

hacer por un accidente en una cacería: un doctor allí presente no pudo practicarla porque se carecía de instrumentos, de aparatos profesionales, de desinfectantes y hasta de agua pura; y un campesino la ejecutó felizmente con su cuchillo de monte.

Al primer amago de motín acostumbran los Gobiernos enarenar las calles. No está mal discurrido cuando se trata de algún motincito callejero. En un día de verdadera revolución toda la arena del Gobierno será poca para dar gusto a los revolucionarios, y éstos harán bien en agregar la suya, elaborada según cierta receta que les ofrece gustoso el que suscribe.

Iniciada una revolución, el pueblo no debe consentir que se cierren los zaguanes. Es cuestión de humanidad: cada zaguán debe ser una Casa de Socorro.

A puerta cerrada, hachazo limpio.

No niego que en día de revolución necesiten las fuerzas populares fusiles y cartuchos, pistolas y petardos, pólvora «con humo» y dinamita; pero lo indispensable es disponer de picos, palas, azadones, hachas, clavos y martillos.

Las cuerdas de cáñamo serán muy útiles.

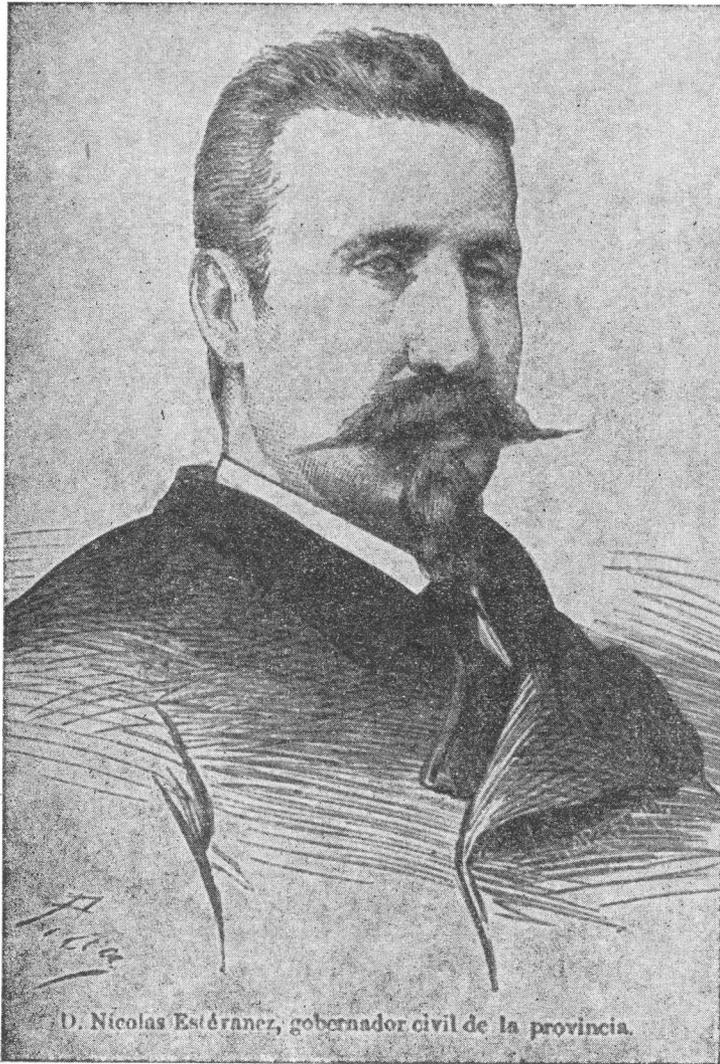
Se dice que las barricadas han llegado a ser inútiles; no fueron nunca de mucha utilidad, pero lo más desastroso es el obstinarse en defenderlas. No son para defendidas, sino para incendiadas.

El verdadero objeto de una barricada es atraer al enemigo a determinado punto para alejarlo de otro.

Las mejores barricadas son las de papel, singularmente las que se construyen con muchas resmas de papel de barba, de papel de estraza y aun de papel sellado.

Pero las futuras barricadas serán aéreas y eléctricas.  
¡Si las viera yo!

N. ESTEVANEZ





## LA PRIMERA ENTREVISTA

El 15 de Febrero del corriente año, tres días después de haber llegado a París, visité a Nicolás Estévanez en su propio domicilio.

Al verlo tuve la primera decepción.

Porque lo primero que a su vista se me ocurrió fue esto:

«Las revoluciones que tú hagas...»

Mucho temo que si visito a los otros revolucionarios, a los de cartel, sacaré igual impresión. Por lo mismo no quiero visitarlos.

Estévanez está muy envejecido, bastante gordo y, al parecer, cansado de vivir.

No creo que en su vida vuelva a montar a caballo.

Lo que, de lejos, le da todavía cierta apariencia marcial es la pera que se permite, canosa, pero inconmensurable.

En realidad, no es pera: es un peral.

Visto de cerca, se pierde toda ilusión.

Yo la perdí completamente cuando me invitó a sentarme, porque al ver su mesa llena de abultados libros cometí la indiscreción —curiosidad instintiva que no puedo remediar— de ver qué libros eran.

Y eran libros de los que deben quemarse. «Les champs retranchés», de Brialmont; «Virtudes militares», de Max-Cacia; «Teórica y práctica de la guerra» de Mendoza, etc.

Uno, sin embargo, me chocó por lo extraño de su título: «Cuerpo enfermo de la Milicia Española».

—¿Es de algún antimilitarista? —le pregunté.

—Hombre, no —me dijo—; es de un gran soldado del siglo XVI, de Marcos de Isaba.

—De modo que usted conserva aficiones militares...

—Para combatir las vergüenzas del clericalismo es necesario leer u oír a los clérigos; de igual manera es preciso estudiar los libros militares si se quiere tratar de eso que ustedes llaman el «militarismo».

—¿Cómo que lo llamamos? ¿Acaso el militarismo no existe para usted? ¿No ha sido y es una gran calamidad?

La gran calamidad del siglo XIX fue el «generalismo», y sus primeras víctimas los militares. El actual militarismo y el antimilitarismo consiguiente son cosa nueva, y se deriva lógicamente del servicio universal. Ya no se trata del predominio de los generales ni sólo se les combate a ellos. Pero ¿quién escribe en Francia contra el Ejército? Los que han sido soldados a la fuerza, contra su voluntad y sin tener vocación. Primero son malos soldados y después de licenciarse escriben. Yo me explico muy bien que los revolucionarios defiendan el servicio universal y obligatorio; lo que no comprendo es que sea defendido por los militares.

—Pero usted no negará que en España renace el militarismo; en Barcelona...

—Conozco bien lo ocurrido en Barcelona: los oficiales de la guarnición, creyéndose insultados, atropellaron uno o más periódicos. Ni eso es nuevo ni es militarismo. Es natural que los critiquen los amantes del progreso y de la libertad, singularmente los anarquistas, que no admiten la necesidad de ejércitos, que aspiran a la armonía

universal, pero ¡los burgueses! No concibo que censuren las violencias de los militares los que adulan al ejército porque lo necesitan; sin ejército, ¿quién ampararía las leyes que les garantizan sus depredaciones? Si quieren tener ejército, que lo aguanten. El ejército es la fuerza; el que ciñe espada, que la use; no querrán que los defienda un ejército incapaz de defenderse a sí mismo.

—Pero, amigo Estévez, ¿le parece a usted bien, en los militares, apalea brutalmente a inermes periodistas?

—No me parece bien; pero me parece lógico, inevitable y útil. ¿Existe una institución armada que simboliza la fuerza y la violencia? Pues que no se contente con ser un mero símbolo. Siento que apalearan periodistas, cuando pudieron con más razón descalabrar obispos y banqueros.

—Eso no lo harán, seguramente; los humildes serán siempre las víctimas expiatorias...

—Se equivoca usted. Cuando el capitán Peraza abofeteó al arzobispo Claret en la catedral de Santiago de Cuba, todo el ejército de su tiempo se lo celebró. El arzobispo, en el púlpito, dijo una frase molesta, casi ofensiva, para los militares; al descender de la «sagrada tribuna, tropezó con los puños de Peraza.

—Lo fusilarían...

—Perdió la carrera; pero el padre Claret, además de las muelas, perdió su rica diócesis. Por eso estuvo en Madrid, amparado por Isabel II, hasta que murió.

—No en balde ha sido usted militar, amigo Estévez; conserva usted resabios de ese oficio. No me sorprenderá que esté con los militares en el asunto de las jurisdicciones.

—Jamás, querido amigo. Pero ese asunto, mirado desde aquí, me causa pena. Yo creo que en España está loco todo

el mundo. Parece mentira que en el siglo XX se dispute sobre si han de juzgarnos los jueces militares o los civiles, cuando no hacen falta los unos ni los otros. En materia de tribunales me quedo sin ninguno; todos son malos.

—Pero en su tiempo de usted había consejos de guerra, que no fusilaron poca gente en la época de Espartero, en la de Narváez, en la de O'Donnell...

—Y en la de Prim; pero más que todos fusiló Cabrera sin tribunal alguno. Todo eso es brutal, igualmente brutal. Los militares de mi tiempo aborrecían los tribunales militares... y los civiles. Ninguno quería formar parte de los consejos de guerra, considerándolo hasta depresivo; no cambiábamos la espada del combatiente por la pluma del escribano de actuaciones. ¿Sabe usted lo que sucedía muy a menudo, cuando era fusilado un infeliz por sentencia de algún consejo de guerra? Pues sépalo usted: mientras los liberales y la opinión imparcial criticaban al consejo de guerra por la crueldad o la injusticia, los vocales del consejo eran también castigados y encerrados en castillos por su lenidad, pues no eran ellos los que habían dictado la pena impuesta, sino el auditor; el auditor solía no conformarse con la sentencia y bastaba su dictamen para agravarla. Sí, la mayoría de las brutalidades que se achacan a los militares, son obra exclusiva de un auditor de guerra. De aquí la aversión que sentían los militares, en mis buenos tiempos, al cuerpo jurídico militar. Querían tener infantería, caballería, artillería, ingenieros, administración y sanidad, pero que los librarán de ese cuerpo anti-militar y sanguinario que se titula jurídico; ¡y hoy quieren ser juristas hasta los sargentos! En España, amigo mío, repito que está loco todo el mundo; ¡mire usted que disputar acerca de quién lo ha de reventar a uno! Tan dementes están

los militares como los paisanos. En los políticos lo comprendo bien, porque son abogados casi todos, es decir, hombres de entendimiento perturbado por el estudio de las leyes; pero es el caso que no están menos locos los que no tienen nada de juriconsultos. Si yo le citara a usted cosas que han hecho o han dicho personajes monárquicos, republicanos y neutros, lloraría conmigo por la suerte de la Patria.

—No tenga usted cuidado, que yo no he de llorar tan fácilmente por eso. Y me extraña verle a usted tan lúgubre, pues justamente creía que era usted jovial. Recuerdo haber leído artículos festivos firmados por usted...

—Es verdad; yo tengo a veces las ironías de los tristes.

—Dejemos, por ahora, las tristezas y vamos a otro asunto: ¿recuerda usted su artículo «Pensamientos inactuales?»

—Sí, lo recuerdo.

—Pues de ese artículo quisiera hablar con usted; se me figura que se le quedó incompleto, que debe usted ampliarlo y explicarlo, colmando sus lagunas; en él ofrece usted cierta receta, pero no la da.

—Me la han pedido en centenares de cartas y, en efecto, no la he dado. ¿He de ofrecerle a nadie, como cosa mía, lo que es del dominio público? Pregúnteme usted lo que quiera del artículo, y de procedimientos revolucionarios, y le diré lo que sepa. ¿Tiene usted el artículo en cuestión?

—Aquí está.

—Pues déjemelo usted y ya lo glosaremos otro día.

—Volveré muy pronto.

—Cuando usted quiera.

Estévez me acompañó hasta la puerta; y yo me marché pensando en lo difícil que es desarraigar prejuicios, cuando conserva tantos un hombre que realmente ha que-

rido emanciparse, que se considera emancipado, que tiene amplitud de miras. La sociedad imprime dura marca en la mente de los que ella educa; nada más difícil que cambiar la mentalidad de un hombre. Estévez se cree, sin duda, anarquista; él mismo lo ha dicho varias veces, y, con todo, basta escucharlo un rato para comprender que aún tiene dentro de sí al soldado viejo, con los atavismos de la casta, las rutinas profesionales y cien falsas ideas, que son las de su siglo.

Pero no pidamos a estos hombres del siglo XIX lo que apenas vislumbran los del siglo XX.

## SEGUNDA ENTREVISTA

No fue tan breve como la anterior; más bien demasiado larga. Pero omito por impertinentes muchas cosas que los dos dijimos. Tratamos principalmente del mitin de Gerona, de la asamblea de Zaragoza, de la minoría parlamentaria, de los banquetes conmemorativos del 11 de febrero, cosas todas ellas que ya estarán olvidadas cuando estos apuntes se publiquen.

Estévez me leyó tres cartas de la Habana, y en comentarlas invertimos cerca de una hora. Las tres eran de españoles avecindados en Cuba, que se quejaban amargamente del abandono en que los tienen los republicanos españoles. Han querido constituir en la isla un partido republicano español, dispuesto a cooperar en las empresas que intente en España el republicanismo; han escrito a los personajes que en España dirigen, al parecer, las masas republicanas y la opinión democrática; se han ofrecido en repetidas comunicaciones a hacer en la isla de Cuba lo que hacen en la Argentina. Calzada, Malagarriga y otros.

Empeño inútil: no han recibido una palabra de aliento, ni una frase de esperanza, ni la más vulgar contestación.

—Es sorprendente ese mutismo —dije yo—; no se comprende la apatía de los republicanos.

Y el viejo me respondió:

—Pues a mí no me sorprende nada, y menos «la apatía», como la llama usted; si hubiera en Cuba distritos electorales, recibirían las cartas a montones los republicanos de la isla.

.....  
.....

También hablamos del catalanismo. Palabras más o menos, he aquí las pronunciadas por mi interlocutor:

«Me ha sido profundamente antipático por demasiado tradicionalista. Precisamente lo que necesita Cataluña, lo que le conviene a toda España, es arrancar de cuajo lo tradicional, todo lo viejo, todo lo que trascienda a monarquía y a catolicismo. Simpatizaré con toda revolución que, en Cataluña, empiece por quemar en la plaza de San Jaime el indecente libro de la historia. He visto en las filas del catalanismo, y a su cabeza, curas, frailes, obispos y otros explotadores del pueblo catalán. Con partidos en que caben esos perniciosos elementos, no es posible entenderse ni simpatizar. Me aseguran que el partido catalanista se va depurando poco a poco, limpiándose paulatinamente de la sarna clerical, reforzándose con elementos de liberalismo incontestable. Si es así, puede llegar a ser un partido poderoso.

»Confieso que en mi aversión al regionalismo catalán no todo es virtud; hay algo de despecho. Soy federal con-



vencido, el más convencido de los federales y el federalismo, siempre más robusto en Cataluña que en las demás regiones, quedó muy mal parado cuando los catalanistas levantaron su bandera. Se fue primero Almirall (que al fin se arrepintió); nos abandonaron otros muchos, cegados por sus pasiones; los iniciadores de la campaña catalanista nos iban dejando en cuadro, al desplegar al viento la bandera autonomista. Pase que los siguieran los autonomistas clericales; pero los otros ¿Por qué no se afiliaban al partido federal? ¿Es que los federales no somos autonomistas?

»El odio al liberalismo, el aborrecimiento a la República, era sin duda lo que les apartaba de nosotros. Catalanes como ellos y tan autonomistas como ellos eran Pi y Margall, Figueras, Suñer, Joarizti, Lostau, Nouvillas y tantos otros, que honraron al partido federal y se honraron ellos mismos perteneciendo a él. Entiendo que muchos autonomistas prescindieron de lo nacional y se declararon catalanistas a secas, en odio a Pi y Margall y a sus radicalismos. ¡Radicalismos salvadores, que son todavía la única esperanza de la nacionalidad!

»Alguien me ha dicho que algunos federales se desligaron del partido y se unieron al catalanismo regional, más que por exclusivismo catalán, por desconfianza en el vigor de las demás regiones. Obraron equivocadamente: el vigor federal aparecerá a la hora debida «en todas las regiones», incluso las que hoy aparecen más refractarias al federalismo.

»Otros nos abandonaron por el amor a su lengua, al ver las majaderías, las insensateces, las verdaderas herejías patrióticas de algunos ciudadanos de diferentes provincias, que han hablado de suprimir el lenguaje de toda una región. ¡Como si fuera posible! Precisamente la lengua que

se aprendió en la cuna es la única tradición que debe respetarse. Imaginemos que Felipe II, obrando con acierto, hubiera establecido su capital en Lisboa; en tal supuesto, allí estaría probablemente la capital de España; quizás el portugués sería la lengua oficial de todos los españoles; pero en Castilla seguiríamos hablando castellano.

»La disidencia catalanista, porque es una verdadera disidencia del federalismo (en la parte del catalanismo que no es clerical ni reaccionaria), me causó al producirse una de mis grandes penas. Siempre he sentido amor a Cataluña, soy uno de sus admiradores más sinceros, cuento en ella más amigos que en ninguna parte, y quisiera que el pabellón federal predominara allí como en pasados tiempos. Le deseo todo el bienestar posible a la tierra en que nació Abdón Terradas, a la patria de Bartrina, a la ciudad en que tuvieron su cuna Figueras y Pi y Margall. En tantos años rodando por el mundo, y de catalanes está el mundo lleno, jamás he recogido malos recuerdos de los catalanes; sí, haré una excepción: la de un señor Calaf, que fue en ultramar casero mío».

—Amigo Estévanez, suponiendo que Cataluña se levantara en masa para recabar su independencia, ¿qué sucedería?

—No presumo de profeta; pero pienso que sería vencida por las fuerzas del Estado, con perjuicio al mismo tiempo de las demás regiones, de las ideas liberales y de las aspiraciones democráticas. Claro está que es invencible un alzamiento en masa, pero la historia no nos presenta en ningún tiempo ni en ningún país esa clase de alzamientos. Los que se baten siempre son pocos, poquísimos; los que se rebelan son contados. Y si España fuera impotente para dominar a Cataluña, la dominarían otras naciones, «con

su cuenta y razón», para mantenerla unida a España. Pero no pensemos en hipótesis tan inverosímiles.

—Dejemos, pues, las hipótesis y hablemos al fin de sus procedimientos revolucionarios: ¿Ha hecho usted la ampliación de aquellos pensamientos?

—No he tenido tiempo, amigo mío. Aquí tengo el artículo, donde usted me lo dejó, pero no he vuelto a leer. ¿Cuándo piensa usted regresar a Barcelona?

—Dentro de ocho o diez días.

—Pues cumpliré mi palabra; añadiré al artículo todo lo que posible sea.

—Dígame usted: ¿Cómo no fue denunciado ese artículo, cuando se publicó?

—Sencillamente: Por ser indenunciable.

—Por mucho menos son denunciados otros; habla usted de hachazos, de voladuras, de dinamita y de matar generales.

—Cosas todas vulgares y corrientes, que no son denunciables. Están copiadas, o poco menos, de obras que se imprimen por cuenta del Estado, de los tratadistas militares y de los libros de texto que en las escuelas militares se dan a los alumnos. En esos libros se habla de explosiones y de voladuras; se enseña las aplicaciones de la dinamita y de otros explosivos más potentes; se recomienda que los tiradores apunten bien a los jefes y a los generales. En una palabra; yo no he dicho nada más que aquello que aprendí en escuelas del Estado y que los militares se saben de memoria. El primer diario que publicó ese artículo fue «El País», que no gozaba de privilegio alguno: era denunciado casi diariamente, y no lo fue por esa publicación.

—Con todo, aun siendo lícito hablar de la dinamita, no

sé si lo es el emplearla. Hombres de ideas avanzadas conozco yo que en ese particular abrigan dudas. Hay quien está dispuesto a luchar con un fusil y no tiranía una bomba; se cree que sus estragos pueden ser más de los precisos.

—Lo ilícito es sublevarse; el hombre que, por impulsos de su conciencia o de su patriotismo, se subleva contra el poder y la legalidad, no debe sentir escrúpulos de monja ni preocupaciones de ninguna clase. Donde las dan las toman, y los proyectiles que estallan bajo los pies o sobre las cabezas de los sublevados no son otra cosa que bombas explosivas. Pero no me sorprende que se quiera condenar el empleo de la dinamita, porque los militares del siglo XV condenaron también el empleo de la pólvora, que cambió los usos de la guerra y acabó con las férreas armaduras. Todavía en el siglo XVI, el caballero Bayardo tenía por cobardes a los arcabuceros españoles, que «tiraban de lejos y tiraban sin peligro». Es claro: a la brillante caballería francesa, con sus recias armaduras, le hubiera gustado más que la infantería enemiga, con sus picas inocentes, se dejara acuchillar sin acordarse de que existía la pólvora. Pero dice el general Bardin en su «Diccionario Militar», y era francés, que la cobardía no estaba en los arcabuceros, sino en Bayardo, «le chevalier sans peur et sans reproche». Ahora también se dice por algunos que es cobarde emplear la dinamita. No hay que hacer caso; lo mismo que la pólvora, los modernos explosivos se irán generalizando; ¿qué utilidad tendría un invento del que no se hiciera aplicación?

—Pero, vamos a ver: ¿Piensa usted darme las recetas ofrecidas, las nociones de electricidad para aplicaciones revolucionarias, y las demás cosillas que se apuntan en los consabidos pensamientos?

—Con mucho gusto, pero hoy no tengo tiempo; hemos perdido bastante hablando de otras cosas.

—«Quédese para mañana», como dijo el otro.

—Sí, imitemos a Baltasar de Alcázar, y mañana veremos.

### TERCERA ENTREVISTA

—Buenos días, ciudadano.

—Salud, compañero.

—Hoy vengo decidido a que me cuente usted las aplicaciones de la electricidad y de la química.

—Muy bien. ¿Cuándo piensa usted marcharse?

—Pronto.

—¿Qué noticias hay de Cataluña?

—Las de siempre: aquello está mal, es decir, bien; mejor dicho, regular.

—¿En qué quedamos?

—En lo de Campoamor:

#### **Todo es según el color del cristal con que se mira.**

—Y hay que mirar, en efecto, con cristales ahumados lo que pasa en Cataluña; a los catalanistas hay que mirarlos con lentes...

—¿Sigue usted soñando en los catalanistas? Pues sepa usted que el tal catalanismo dista de ser lo que usted se ha figurado. Por otra parte, no es todo catalanismo: en Cataluña hay más.

—Afortunadamente. Ayer tuve la prueba de que hay, entre otras cosas, la telegrafía sin hilos, pues vi un tele-

grama expedido en Barcelona por ese procedimiento y recibido en París sin intervención extraña. Para esos despachos no hay censura.

—¿Daba noticias políticas?

—No, era un ensayo. Pero todo se andará, si los hilos no se rompen... y aunque se rompieran. Ya ve usted si es subversiva la electricidad.

—Me deja usted pasmado con esa revelación. Lo malo será que el gobierno lo descubra.

—Ya lo habrá descubierto, pero no puede impedirlo. ¿Qué gobierno sería capaz de privarnos del uso de la atmósfera?

... ..

No me conviene transmitir el diálogo en su integridad, pues si lo hiciera tendría que imprimir algunos apellidos, lo cual es peligroso. Basta lo dicho para que el buen entendedor entienda.

Fumamos un cigarrillo y continuamos la conversación.

Hablamos extensamente de la anarquía y de los anarquistas. Véase lo que me dijo Estévanez:

«Creo que en España son muy pocos los considerados anarquistas; pero los ácratas de veras, los que sin decirlo o sin saberlo son verdaderos anarquistas, esos son innumerables. En cuanto a los declarados, a los conscientes, a los perseguidos, a esos los tengo por los más sensatos de los españoles. Estoy de acuerdo con todo lo que dicen; no siempre con lo que hacen. Y esto no lo digo por los atentados crueles de Barcelona, pues jamás he creído que sean obra de los anarquistas, salvo alguna excepción; lo digo porque se parecen demasiado a los demás españoles

en que todo lo traducen, pero producen poco original. Pienso que los revolucionarios no deben ser imitadores, sino creadores. ¿Quieren hacer la revolución social? Pues piensen en lo que le sucedió a la revolución política, infructuosa, fracasada tras todo un siglo de luchas, por haberse empeñado los políticos, unos en transigir con lo viejo, otros en copiar a los jacobinos de París, resultando la copia una caricatura.

»En España, tienen razón los anarquistas en cuanto a las ideas y a las aspiraciones; se equivocan —me parece a mí— en creer cercana la victoria. Pero también se engañan los que afirman que los anarquistas no triunfarán nunca, fundándose en que el pueblo no los oye ni los entiende ni les hace caso. Menos caso les hacía el pueblo francés a Diderot, a Rousseau, a los enciclopedistas, y, sin embargo, aquel pueblo hizo la revolución. El pueblo español, se me dirá, no lee; yo digo que el francés del siglo XVIII no sabía leer. El rey, los cortesanos, los abates, los realistas eran en Francia los únicos lectores de la Enciclopedia. Y cuántas veces dirían: «¡Admirable saber el de estos hombres! ¡Lástima que derrochen el talento predicando cosas imposibles!». Ya se ha visto el resultado: aquellos visionarios enciclopedistas, si hoy resucitaran, nos parecerían niños de teta en política y en sociología.

»De todas maneras, yo no pretendo que todo el mundo ame y comprenda las ideas anárquicas; no extraño que la mediocracia abomine de lo bueno, de lo bello, de lo equitativo, de lo justo; pero no me explico satisfactoriamente el odio a los anarquistas de los que, si no hubiera anarquistas, debieran inventarlos. Me refiero en primer término a los republicanos; después hablaré de otros.

»Sí, los republicanos, por conveniencia propia, debie-

rán crear el anarquismo si no existiera. La razón es clara: esta sociedad en que vivimos es instintiva y rutinariamente conservadora, como todas las sociedades del mundo; apremiada por circunstancias críticas, puede admitir cambios de régimen, pero nunca aceptaría las soluciones más radicales que se le propusieran. Pues bien: si no hubiera en el mundo socialistas y anarquistas, los republicanos parecerían unos grandes y radicalísimos revolucionarios y la sociedad presente no admitiría la República; ni siquiera una república burguesa, inofensiva, incolora e inodora.

»Lo mismo que de los republicanos digo de los militares. Estos no querrán, seguramente, ni la supresión de los ejércitos ni su reducción; pero en todas partes se reducirían, ya que no se suprimieran, si no hubiese en todas las naciones anarquistas y revolucionarios. Si no hubiera en el mundo revolucionarios, todos los burgueses del mundo pedirían la supresión de los ejércitos. A los burgueses, y no a los anarquistas, deben malquerer los militares. Suponen éstos que los ejércitos permanentes subsisten y subsistirán por aquello del «si vis pacem para bellum»; pero eso es una ilusión militarista. Es verdad que al declararse una guerra, un ejército improvisado estaría en condiciones de inferioridad; pero todos serían improvisados, resultando, por consiguiente, en iguales condiciones, si no hubiera revolucionarios que imponen su permanencia.

»A quien deben odiar los militares (y apalear alguna que otra vez) no es a los anarquistas, sus adversarios francos, declarados, convencidos, sino a los burgueses, egoístas, falsos y taimados.

»Allá en los siglos medios, los caballeros que ceñían espada, los señores feudales, eran muy brutos y se daban el gusto de apalear escribas, usureros y revendedores. La

actual civilización, aunque imperfecta, no permite esas calaveradas. Si algún militar de nuestros días sintiere el cambio operado en las costumbres, consuélase pensando que ya se encargarán los anarquistas de arreglar a los burgueses.

»La inquina que se tiene a los modernos ácratas es más antigua que éstos; viene a ser la misma que se tuvo antes al inocente partido progresista, cuando era el más avanzado partido progresista, cuando era el más avanzado de los partidos políticos españoles. ¡Cuánto se le calumnió! ¡Qué miedo se le tenía! El partido progresista, a mediados del siglo XIX, era monárquico, deliraba por Isabel II, pero defendía, ¡qué horror!, la milicia nacional y la Constitución de 1837.

»El partido moderado y los gobiernos de entonces aprovechaban la ignorancia pública para desautorizar a todos los progresistas, esparciendo la voz de que eran judíos a sueldo de Inglaterra. Hoy se valen de la crasa ignorancia de la burguesía para decir que los ácratas son instrumentos de Roma. Y hacen más; no me lo ha contado nadie, que yo lo he visto. En 1896 fui preso en Barcelona y, antes de ser conducido a Atarazanas, estuve detenido en una sala del Gobierno Civil; las cuatro paredes de la sala estaban cubiertas de retratos de supuestos anarquistas, de supuestas personas, pues ninguno de ellos tenía rostro humano. Los anarquistas que yo he conocido en España y en el extranjero no tenían nada de particular; sus facciones eran como las de todo el mundo; pero los retratados en el Gobierno Civil tenían caras monstruosas, patibularias, dignas de facinerosos y estaban diciendo ¡ahorcadme! Seguramente no existen en el mundo aquellos personajes; los retratos eran, sin duda, caprichos de algún artista loco, y estaban allí para espantar al burgués».

He extractado con la amplitud posible, cuando no he repetido textualmente, las palabras que Estévez me dijo. Cuando acabó de hablar, tuve un instante de vacilación, pero al fin me decidí a preguntarle:

—¿Sabe usted, señor Estévez, lo que a mí se me figura?

—Usted dirá.

—Pues se me figura que está usted completamente chiflado.

—Es muy posible; délo usted por cierto, y le ruego yo que lo divulgue por todos los ámbitos de España. Hasta por cuquería, me conviene que las gentes se penetren de mi chifladura; eso me libraré de bastantes compromisos y no volverán a hacerme candidato en ninguna clase de elecciones.

—Hablemos en serio; ¿me da usted, o no me da las fórmulas consabidas?

—Hoy es tarde; otro día se las daré.

—¡Otro día! Esto parece un cuento de «Las mil y una noches».

Así terminó la tercera conferencia, una verdadera «lata»; ¡ni la conferencia de Algeciras!

#### CUARTA ENTREVISTA

Acababa yo de tomar el desayuno, en mi cuarto del hotel, cuando llegó el amigo Estévez a pagarme las visitas.

Pensé que me llevaba las notas ofrecidas; no hubo tal.

Hablamos, como siempre, de las cosas políticas de España, singularmente de las de Cataluña, y tocamos de paso la ardua cuestión de Andalucía.

—El problema andaluz —me dijo Estévez—, no pue-



de resolverse con leyes votadas en las Cortes, ni con tiros de mauser, ni con cargas de caballería. Se necesita una explosión de algo más fuerte que la dinamita; un estallido de pechos iracundos. Allí no se lucha por derechos, sino por necesidades; comer o no comer: «Thas is the question».

—En cierta medida —le repliqué—, esa es la cuestión en todas partes.

—Convenido; pero donde se come, bien o mal, se aplazan las soluciones con esperanzas de mejoramiento; no así donde no se come, porque nadie vive de esperanzas.

—Pues mire usted; si se produce un alzamiento simultáneo, aunque por distintas causas, en Cataluña y en Andalucía, el gobierno español se verá muy apurado. Hacer frente a dos guerras civiles cuesta mucho dinero, y no lo hay. Siempre se ha dicho que el oro es el nervio de la guerra, y no sé de dónde los gobiernos van a sacar el oro.

—¿Que no hay oro en España? Es un error, amigo; lo hay de sobra. Es cierto que los gobiernos presentes, y probablemente los futuros, no quieren encontrarlo para fomentar el trabajo, la enseñanza, la civilización; pero sí lo hallarán para la guerra. No tenga usted la menor duda: si se les pide a los españoles un empréstito para obras públicas, para escuelas, para saneamiento de las poblaciones, quizá no se recojan dos pesetas; pero siendo para guerras darían muchos millones. Además, tratándose de guerras, los empréstitos serían forzosos, cuando los voluntarios no fueran suficientes. Y sería una lección para los revolucionarios, que así aprenderían a imponer empréstitos forzosos para cosas útiles cuando llegara el caso, es decir, cuando les toque a ellos. Dice usted que el oro es el nervio de la guerra; sí, y el nervio de la paz. Vivimos, por des-

gracia, en pleno régimen capitalista. Esa frase de que «el dinero es el nervio de la guerra» no es de nuestros días, aunque sigue siendo cierta. Diego de Salazar, en su famoso libro «De re militari», escrito en 1530, decía: «Los hombres, y el hierro, y los «dineros», y el pan, son el nervio de la guerra; más de estos cuatro son más necesarios los dos primeros; porque los dos primeros hallan los dineros y el pan». Exactísimo: hombres y armas es lo que se necesita; es cuanto necesitan Andalucía y Cataluña para procurarse el nervio de la guerra. ¡Pues apenas hay oro en Cataluña y en Andalucía!

—Si le oyeran a usted algunos de sus correligionarios, dirían que usted predica el abuso de la fuerza, el robo a mano armada.

—Tomar lo preciso nunca ha sido robo; y si lo fuere, quiere decir que el robo es lícito en determinadas circunstancias. No hay aquí más que una gran confusión en las ideas y una impropiedad visible en los términos usuales. Si no se hubiera inventado la propiedad, el robo no existiría; precisamente aquélla es hija del robo, con la agravante de abuso de la fuerza; me refiero a la propiedad en sus orígenes. Pero eso es muy humano, porque todo hombre nace ladrón y lo es mientras vive, por naturaleza. Lo que hay es que muchos, la mayoría, influidos por el medio ambiente o pervertidos por la educación, no se dan cuenta de sus latrocinios. Tenga usted la seguridad de que si todas las leyes, singularmente las penales, quedaran en suspenso por tres días, y asegurada la impunidad para toda clase de criminales y de delincuentes, no aumentaría la criminalidad de una manera apreciable durante los tres días, salvo en los delitos contra la propiedad. No aumentaría la cifra de asesinatos, porque el hombre no es

homicida por naturaleza; pero aumentaría la de los robos, porque apenas habría quien no resultara, o robado, o ladrón, o las dos cosas a un tiempo.

—Y usted ¿qué haría?

—Gozar del espectáculo; en todo caso, no sé lo que robaría, pero sé a quién; y mi nombre se inmortalizaría por haber desvalijado al mayor ratero de dos mundos. Si es gloria engañar a un chino, si hay mérito en engañar a un gitano, más mérito y más gloria debe de haber en robarle a un gran ladrón.

—De modo que, dejando a un lado esas digresiones a que es usted aficionado, usted cree que el gobierno tendría dinero de sobra para cubrir los gastos de dos guerras.

—Evidentemente, mientras tuviera «hombres y hierro», como Diego de Salazar decía. Sirve el dinero para mantener las tropas, y las tropas sirven para sacar el dinero. También lo tendrían los sublevados cuando contaran con armas y fuerzas para exigirlo. En 1833 se hallaba España en la más completa ruina; el gobierno era impotente para atender a sus obligaciones; el ejército mismo no cobraba. En tal situación viene la guerra civil, y de la nación en ruinas salieron los recursos para mantener siete años, no uno, dos ejércitos: el del Estado y el de los carlistas. La situación de la Hacienda pública era más próspera al fin que al principio de la guerra. En 1833, el crédito de la Nación era nulo; en 1840, ya lo teníamos.

—Si eso es exacto, me parece absurdo; ¿cómo se ha de adquirir crédito gastando sin ton ni son?

—Por eso mismo. El crédito se pierde menos cuando se abusa de él que cuando no se usa. El que no lo usa no lo tiene, y esto es aplicable a las naciones como a los individuos.

—De todos modos, resulta para los sublevados un verdadero círculo vicioso: necesitan armas para allegar dinero, y sin dinero no pueden proveerse de armas.

—Que se le quite a usted de la cabeza, y a los catalanes, y a los andaluces, y a todo el que piense en rebelarse, la idea de hacerlo a la antigua española. Hacer frente a un ejército moderno, adoptando o parodiando su organización, es sencillamente un imposible; por mucha cohesión que tengan los sublevados, más tendrá el ejército; no hay más que dos caminos: o perturbar la cohesión de las fuerzas enemigas, o emplear unas armas, una táctica y unos procedimientos distintos de los suyos.

—No comprendo bien lo que quiere usted decir.

—Pondré un ejemplo. En épocas remotas peleaban los hombres a pedradas; inventada la honda, pudieron triunfar con aquellos proyectiles hasta de las flechas; pero nunca más se usaron ni las flechas ni las hondas ni otras ingeniosas máquinas petrarías cuando se inventaron las ballestas. ¿Y de qué sirvieron las ballestas cuando se inventaron la pólvora, el arcabuz, el mosquete y la espingarda? Los sucesivos perfeccionamientos en las armas de combate han dado siempre la superioridad al que se ha presentado con elementos nuevos. ¡Y apenas si hay novedades en el mundo, especialmente en pólvoras! ¿Me va usted comprendiendo?

—Aconseja usted emplear la dinamita...

—Y la cordita, y la balistita, y la roburita, y la espi-rita, y la melinita, y la panclastita, y la ecrasita, y lo que vaya saliendo, según las circunstancias.

—De ese modo se acaba lo más pintoresco de las luchas civiles: ataques y retiradas, asaltos a pecho descubierto, defensa de posiciones, tiroteos imprevistos...

—No se acaba nada de eso; ¡qué disparate! Y lo pintoresco tomará mayores proporciones, convirtiéndose en magnífico, en sublime, algunas veces en aterrador. Lo que ha de acabarse es la inocencia de jugar a los soldados, saliendo a campaña con seis cartuchos, con malas escopetas, con caballos de requisa, que suelen ser tuertos o cojos, y con partidas armadas de trabucos.

—Pues yo creía que el trabuco era un arma tremenda.

—Sí, para el que recibe un trabucazo a quemarropa; en la guerra no sirve para nada, viene a ser la carabina de Ambrosio.

—Y ¿cómo se han sostenido años enteros partidas de trabucaires, mandadas por guerrilleros oscuros, contra todas las fuerzas del Estado, y en su tiempo contra los ejércitos de Napoleón?

—Enriscándose en las fragosidades de las sierras, en compañía de los lobos. Allí estaban seguros, porque los ejércitos no les hacían caso; dice un proverbio militar que «quien manda en el valle manda en la sierra». Teniendo los valles fértiles, y las ciudades ricas, y las vías de comunicación, los guerrilleros escondidos no hacen mal a nadie. Las rebeliones venideras, o serán perfectamente inútiles, o han de producirse en las ciudades, apoderándose de los teléfonos, del material de los ferrocarriles, de todas las armas existentes, de los carros, de las bicicletas, de los caballos, de todo. Si por cualesquiera causas llega a ser imposible sostenerse en la ciudad, los rebeldes no deben salir aglomerados, sino dispersos, en grupos de treinta hombres, llevándose o destruyendo todo lo que el enemigo pudiera aprovechar. Y no deben servirse, en la retirada al monte, ni de tambores, ni de cornetas, ni de silbatos, sino de con-

traseñas convenidas, de algo semejante a la fonogracística, ideada por Serch y Sala hace más de medio siglo.

—Pues ya tenemos a los rebeldes enriscados, a «la antigua española».

—Y vencidos. El único objeto que deben perseguir, el único recurso que les queda, es ganar la frontera hasta mejor ocasión. En grupos de treinta hombres, es bien fácil; en masa, casi imposible. Muchos o pocos, si se quedan en las montañas esperando noticias, pierden el tiempo; todas las que lleguen serán malas noticias. Con todo, si pagan bien, si derraman el dinero, no faltarán pastores que se las den a su gusto para que no se vayan.

—Ha dicho usted que es fácil, para pequeños grupos, llegar a la frontera más próxima.

—Y a la más lejana. Desde cualquier punto de la península se puede ir a Francia o a Portugal, de monte en monte, sin entrar en poblado y sin obstáculos serios, si se tiene dinero para los... pastores, si se paga lo que se consume, y si se trata de hombres que anden bien, duerman poco y sepan comer pan y sin cuchara.

—De modo que el dinero es también el nervio de la fuga.

—Positivamente; si en la retirada se les va contando a los pastores, a los carboneros, a los cazadores furtivos, que se ha sacrificado usted por la libertad y el bienestar de los hombres, y que no tiene un cuarto, es seguro que no gana la frontera.

—Tiene usted mal concepto de los hombres.

—No de los hombres, sino de los efectos naturales del capitalismo.

## QUINTA ENTREVISTA

Nos vimos por quinta vez en el café de Flora, un café desconocido, al que no van ni mujeres, ni españoles ni personas sensatas. Por eso lo habrá escogido Estévanez, quien me dijo con cierta vanidad:

—Pocos serán los hombres políticos de España que no hayan estado alguna vez en París; pero lo que es aquí, en este café, no ha estado nunca nadie más que yo.

—Será moderno.

—Antiguo como el mundo; América era antigua cuando fue descubierta por Colón, y yo soy el Colón de este lúgubre establecimiento. Pero he sido mucho más discreto que Colón: no le he contado a nadie mi descubrimiento. El descubridor del Nuevo Mundo hubiera acertado haciendo lo que yo: quemar las carabelas y quedarse allí:

—Pero ¿está usted seguro de que aquí no vienen españoles? Alguno habrá venido.

—Quizá don Manuel Godoy, tal vez alguno de sus contemporáneos; pero de los nuestros ni uno solo.

—Pues yo apostaría que es español aquel caballero morenucho que está allí tan solo, tomando chocolate.

—Ni toma chocolate ni es español; lo que está tomando es una medicina, y él es un emigrado polaco refugiado en París desde la última insurrección de Polonia.

—A propósito de insurrección, ¿me trae usted las notas ofrecidas?

—¿Cuándo se va usted?

—Mañana sin falta.

—Pues venga usted aquí mañana a esta misma hora y tomaremos la copa de la despedida.

—Cuento con que usted traerá...

—Sí, sí.

—Le advierto que si no lo trae, no por eso dejaré de publicar un libro diciendo que me ha engañado usted; que usted, como todos los políticos, ofrece, pero no cumple; que se dice usted adversario del parlamentarismo, y hace lo mismo que los parlamentarios: prometer mucho y saldar sus cuentas con mezquindades retóricas.

—Ante esa amenaza, no tengo más remedio que cumplir; mañana hablaremos... ¡Camarero!... Sírvanos usted dos copitas de ponzoña...

—¿Amarilla o verde?

—Verde, color de esperanza.

... ..

Después de un largo silencio, apenas interrumpido por las toses del polaco (único personaje que compartía con nosotros las sombras del café), le dije a mi anciano compatriota.

—¿Verá usted la República en España?

—Que yo la vea o no la vea, debe tenernos sin cuidado; eso nada significa, pues he llegado al fin de la existencia; pero ustedes, los jóvenes, positivamente la verán, es evidente, es infalible... Y será pronto.

—¿Piensa usted que la República vivirá mucho tiempo?

—La Monarquía lleva de vida, aproximadamente, dos mil años; debo suponer que la República vivirá siquiera cuatro mil.

—Locura; me indigna escucharlo a usted. ¿Acaso los pueblos se van a contentar con un mero cambio de forma de gobierno? Las formas externas valen poco y las reformas políticas no valen nada. La revolución continuará hasta el fin.

—Y ¿cuál es el fin?

—La realización de todos los ideales humanos, hasta que se impongan la justicia, la fraternidad, la paz.

—Pues cuando alcancen ustedes la paz y la fraternidad, la justicia y el amor, supongo que no restablecerán la Monarquía...

—Pero ¿quién se acuerda entre nosotros de las formas de gobierno?

—Perfectamente; la humanidad emancipada y feliz, sin gobiernos y sin trabas, eso es una república; la mejor de las repúblicas. Por eso considero correligionarios míos a todos los que no sean monárquicos. A esa República es a la que yo le auguro cuatro mil años de vida. Esto es más claro que una descarga eléctrica.

—Y a estos conservadorazos, antirevolucionarios, que figuran en los partidos republicanos, ¿también los considera usted correligionarios suyos?

—Contestaré como lo haría el honrado Perogrullo; también son republicanos, puesto que no son monárquicos. Pero debo prevenirlo que algunos de ellos quizá piense como yo. Si no lo declaran, si lo ocultan, es porque aspiran al poder; y, concedores de la sociedad, comprenden que no lo alcanzarían, ni aun con la República, haciendo gala de radicalismos. Como yo no tengo las mismas pretensiones, y aunque las tuviera no las podría realizar, es inútil que haga el hipócrita al borde de la sepultura.

—No discutamos; hablemos, si usted quiere, de la electricidad y de sus maravillas, lo cual me interesa mucho más que las ideas políticas de usted y de cualquiera.

—Hablemos, pues, de las maravillas de la electricidad.

—¿Cree usted, de veras, en la eficacia de la electricidad, cuando llegue el día de la revolución?

—Tanto creo en esa eficacia, que sin ella no hay posibilidad de triunfo, a mi entender. Es necesario; y si las tiene, que las empleemos de otro modo. No es que el enemigo ignore las aplicaciones de la electricidad, sino que está sometido a las rutinas de los reglamentos; ni hará uso de los mismos medios que nosotros hasta que haya sufrido sus efectos. Nuestra ventaja ha de consistir en emplearlos antes: el que da primero da dos veces.

—Creí yo que los militares, suponiendo que sean ellos los que hayan de combatirnos, estarían a oscuras de estas cosas; hay algunos entre ellos que hacen ostentación de su ignorancia.

—Algunos, puede ser; pero los más estudian; todos ellos conocen el antiguo proverbio militar que dice: «El saber no embota la lanza». No, amigo mío, no desdeñan la ciencia: lo que menosprecian es el papelismo, la burocracia, los trámites oficinescos, generalmente inútiles. Pero, a pesar de todo, se les puede dar una sorpresa.

—¿Acabará usted de explicarme, siquiera lo más preciso?

—Mañana, mañana.

## SEXTA Y ULTIMA ENTREVISTA

—¿Se va usted hoy mismo?

—A las nueve de la noche.

—No le traigo a usted los apuntes ofrecidos, pero se los mandaré por el correo de mañana.

—Cuando los reciba lo creeré. Vine a París con la ilusión de recoger esos datos y me voy sin ellos.

—Pero ¿piensa usted que no hay en Barcelona quien se los dé más precisos y más útiles?

—Seguramente; pero como usted los ofreció, a usted se los he pedido.

—Los ofrecí, es verdad, y harto prematuramente. Ahora mismo creo que es pronto, a juzgar por la calma de que dan ustedes tantas pruebas. Y entretanto la nación sucumbe, el pueblo parece de hambre, la raza degenera, la altivez española se ha convertido en resignación de esclavos. No se salva España con cambios de ministerio; ni con leyes nuevas, atinadas o desatinadas; ni con reformas parciales, por útiles que parezcan. El mal es hondo; los partidos políticos son superficiales, rutinarios e impotentes; la masa neutra cobardemente egoísta. Si queda esperanza de salvación, reside únicamente en las iniciativas populares, en una grande, tremenda sacudida, en una revolución que todo lo desquicie, que todo lo derrumbe, que no respete de lo existente ni siquiera los escombros. No niego mi pesimismo, cabe en lo posible que ni la revolución llegue a tiempo de salvar la nacionalidad; pero es la única esperanza. Tan cierto es que la resurrección, si viene, ha de venir de un gran sacudimiento, que si la democracia, por descreída, es incapaz de provocarlo, se hace preciso que lo provoquen otros elementos, aunque sean hostiles a la libertad, aunque sean enemigos de la patria, aunque sean los frailes filipinos. Por eso me he negado, muy recientemente, a jugar a las candidaturas, concurrir a románticos banquetes y eternizar la propaganda pacífica. Digo como Lamartine, antes de la república del 48.

### «La tempête ou rien»

—Si usted se figura que me ha dicho algo, se equivoca. Lo que usted acaba de decirme, lo sabe y lo dice todo

el mundo. Pero una cosa es pensarlo y otra hacerlo, una cosa es decirlo y otra ejecutarlo. ¿Hace usted más que los otros?

—No debo insultar a la juventud con gallardías impropias de mis canas. Se ampara la mocedad las nobles iniciativas. Pero cónstele a usted que si las toma, no me contentaré con aplaudirlas de lejos: haré lo posible por ir a presenciarlas.

—Pero ¿usted espera algo de la gente moza?

—Espero mucho; lo espero todo; confío en los arranques, tardíos, pero sin duda ciertos, de dos generaciones enteramente vírgenes. De quien nada espero es de los moribundos, de las momias, de los cuerpos flacos, de los espíritus débiles. Energías despuntadas no son tales energías; la pujanza cadavérica es una falsedad.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Es muy difícil calcularlo; cuando nací pesaba pocas libras y tenía poca estatura; estuve creciendo hasta los veinte años; a los cincuenta pesaba más que a los veinte años; ¡mucho más! De suerte que en mi persona hay partes que aun no existían cuando otras eran viejas, y órganos varios que empezaron a funcionar en épocas diferentes.

—¿Le ha parecido indiscreta la pregunta?

—No, amigo mío; si empecé por declararme viejo, lo cual está a la vista.

—Las luchas envejecen tanto o más que los años.

—Sí, los de guerra se cuentan dobles; sería justo, por lo tanto, que cada año de paz se contara por seis meses. De ese modo, resultaríamos jóvenes los viejos republicanos; los últimos treinta años apenas valen quince. ¡No hemos hecho nada!



—Tengo que dejar a usted para preparar el equipaje y despedirme de varios compatriotas; arranca el tren a las nueve y seis minutos. Si quiere usted comer conmigo, cambiaremos impresiones, las últimas impresiones.

—Cambiar impresiones sí me convendría, porque las más las cambio por las de cualquiera; lo que no puedo es disponer de las últimas horas de la tarde; lo siento mucho.

—Pues quiero dejarle a usted una impresión agradable: ustedes no han hecho nada, como usted dice muy bien; pero nosotros haremos, y bien pronto.

—Por si acaso, voy a hacerle una advertencia; no la eche usted en saco roto.

—Escucho.

—En las ciudades grandes, cuando hay revolución, aparecen en muchos edificios banderas de diferentes naciones. Les interesa a los revolucionarios, en la parte de la ciudad en que dominan, tomar nota de las casas que enarbolan pabellones extranjeros; más todavía: deben destacar algunos grupos de hombres bien armados que rodeen aquellos edificios.

—¿Y para qué?

—Primero, para que sea respetado el pabellón; segundo, para que del edificio no salga nadie. Porque si luego resulta que es español, como suele suceder, el que ha izado un pabellón extranjero, inmediatamente después de la victoria se le debe someter a un juicio sumarísimo por falsario y por traidor. Esas banderas no tienen más objeto que negar todo auxilio a los revolucionarios, y aun a los otros, faltando a los deberes más elementales.

—¿Qué más me aconseja usted?

—Estudiar física; pero ni la física, ni la química, ni

las notas que le enviaré mañana son suficiente garantía de triunfo; hace falta, principalísimamente, una cosa decisiva.

—¿Qué cosa?

—Pues... ¡ésto!... Y usted perdone el modo de señalar.

## CONCLUSION

Al día siguiente de mi llegada a Barcelona, recibí de Estévanez la siguiente carta:

«París, 1.º de marzo de 1906.

»Estimado amigo:

»Nada más que por complacer a usted, y sin estar seguro de su utilidad, ahí van las notas que con tanta insistencia me ha pedido.

»Hay cosas que, por su índole, deben tratarse con mucha discreción. Y como usted me ha dicho que piensa publicar estos apuntes, dejo a su buen juicio la elección de los extremos que deba suprimir. Los párrafos que exigen una reserva absoluta, sustitúyalos usted con puntos suspensivos, pues sería una candidez advertir a nuestros adversarios.

»Por otra parte, ¿sabemos con qué adversarios habremos de combatir? Yo me figuro que será con los ejércitos invasores que van a caer muy pronto sobre España para repartírsela. Ya sé que usted, como anarquista, no siente la idea de patria, no la concibe, pero aun así... usted peleará cuando llegue la ocasión.

»¿Contra quién? Lo ignoro; lo que no ignora nadie es la historia de Barcelona, historia eminentemente revolucionaria, hasta el punto de haberse dado a su ciudad na-

tal, a esa hermosa capital en que usted nació y en la que vive, el simpático título de «ciudad de las revoluciones». Ese mismo le daba familiarmente, y con cierto orgullo, mi inolvidable maestro Pi y Margall. ¡Cuánto amaba el patriarca del federalismo la ciudad que fue su cuna! En sus veladas íntimas, cuando nos reuníamos en su gabinete algunos de sus discípulos y admiradores, observamos repetidas veces que al hablar de Barcelona se animaba y rejuvenecía. Admirable siempre, lo mismo al hablarnos de arte o de filosofía que cuando disertaba sobre los problemas económicos, nos entusiasmaba particularmente y nos comunicaba su sentir al hablarnos de su juventud. Mucho se complacía al hablarnos de «su Barcelona»; pero «su Barcelona», claro está, no era la magnífica urbe de las grandes vías y los hermosos paseos que conocemos y celebramos todos: era una ciudad ilustre, pero de angostas calles, cerrada por recios muros y cercada de cañones, más para ofenderla que para defenderla.

»Su Barcelona, como él decía, pudo crecer, ensancharse, derribar las murallas, arrasar la ciudadela. Algo queda todavía por derribar: ¿no hará la gran Barcelona lo que supo hacer la Barcelona chica?

»Pi y Margall, al hablarnos de la Barcelona de su tiempo, desarrollaba a nuestra vista, como un cinematógrafo, escenas interesantes de su juventud, que no tuvo la suerte de ver reproducidas en su ancianidad: hombres perjuros arrastrados por el pueblo, barricadas en todas las esquinas, fortalezas tomadas por asalto, conventos incendiados, frailes en fuga.

»De aquellos incendios, derribos y matanzas vinieron las actuales amplitudes de las calles y de los pensamientos.

»Aunque esta especie de exordio parece innecesario, voy a tardar en concluirlo. Me importa declarar que estoy seguro de que es una buena ocasión enseñarles a los españoles, a todos los españoles, el arte de combatir; pero también lo estoy de que yo no les enseño nada; los ligeros apuntes que a ruego de usted pondré a continuación no serán otra cosa que un índice abreviado de lo que han de estudiar los que quieran cultivar el tema.

»Aprended a combatir, que vais a vivir en un siglo de pelea; pero no olvidéis que cuando se lucha por la humanidad, por la libertad y por la ciencia, no es lícito enseñarse, no tiene excusa ninguna crueldad, es indispensable no conducirse como fieras. Bien sé que algunos se ríen cuando se les habla de «humanidad en la guerra», frase que parece incomprensible. En efecto; no se puede pedir humanidad a una lanza, a una bala ni a una bomba, pero sí al corazón del combatiente. Las inhumanidades repugnantes son las posteriores a la lucha. Entre hombres dignos de serlo, y debe serlo todo revolucionario, están a salvo la vida y la dignidad del caído, del vencido, del prisionero. Quien mata, quien insulta al prisionero, es un malvado, sean cuales fueren las circunstancias, las imposiciones del deber o la calidad de los vencidos. El deber fundamental del hombre es portarse como hombre, en todas partes y siempre. El último foragido debe ser tratado de igual modo que el más cumplido de los caballeros, una vez que se ha rendido, por respeto que a sí mismo se debe en todo caso el vencedor.

»Sobre todo, no uséis las represalias. ¿Qué es inhumano el enemigo? Tanto peor para él.

»Vamos ahora a los «pensamientos» (llamémoslos así).

»Algunos de los expuestos en el periódico de Barcelo-

na que usted dejó en mi poder son bastante explícitos para no exigir aclaraciones. El primero que acaso las necesite es el que aconseja el estudio de la electricidad. Insisto en el consejo.

»Se dice, y no sin fundamento, que las cosas deben llevarse bien, pues vale más ignorarlas por completo que saberlas mal. Pero las aplicaciones revolucionarias o guerreras de la física y la química no exigen una gran preparación. Sin base alguna científica pueden aprenderse fórmulas y reglas de mucha utilidad. Tal vez lo más difícil esté en la ejecución, pues ésta requiere condiciones personalísimas de serenidad, de abnegación y de energía moral, no en todos los casos, pero casi siempre.

»En comprobación de lo que dejo dicho, esto es, de que no son necesarios hondos estudios para ser un buen electricista, pondré un ejemplo.

»Vive en París un electricista catalán, el señor Figueras, a quien nadie calificaría de sabio ni él tiene esa pretensión. No recuerdo las señas de su establecimiento (1), pero cuantos lo visitan salen pasmados de los prodigios que ha hecho en electricidad. Sus acumuladores, sus reflectores, sus aisladores, sus detonadores pueden aplicarse a muchas cosas que él no ha soñado siquiera. En este punto no quiero insistir más.

»Pero es necesario que no se recurra, como antiguamente, cuando se quiera cortar las comunicaciones telegráficas del enemigo, ni a derribar los postes brutalmente ni a destrozarse los hilos telegráficos. No debe ser destruido lo que puede ser aprovechado ventajosamente.

»La telegrafía sin hilos, que con tan buen éxito se está

(1) He aquí las señas: Monsieur E. Figueras et Cie., 4, rue Pajol, París (18e).

ensayando estos días entre España y Francia, sin que en Francia ni en España haya quien pueda impedirlo, tiene también aplicaciones varias. Una de ellas nos recuerda la destrucción de una flota por Arquímedes. No, no es que destruya nada la telegrafía sin hilos; es sencillamente que, valiéndose de una aplicación muy semejante, se puede conseguir que un cañón enemigo se dispare cuando nos parezca. Y además...

... ..  
... ..

»Hablemos del enarenado de las calles.

»¡Qué satisfechos se quedan los gobernadores cuando cubren el piso de menuda arena! Y, en efecto, los caballos están menos expuestos a dar un resbalón. Aparte de eso, la arena de poco sirve: con ella y sin ella, la gente desar-  
mada que en las calles se aglomera, acaso dando gritos; se dispersa a la primera carga, tal vez a la simple aparición de los primeros jinetes. Para grupos en desorden, la caballería es un mal enemigo, en las calles y en el campo, con arena y sin arena. Esas dispersiones de gente amotinada se producen indefectiblemente, sin esperar el choque de la caballería, lo mismo en España que en todas las naciones extranjeras. No se producirían si los amotinados encontraran abiertas las puertas de las casas, contaran con la simpatía del vecindario y se situaran en balcones y azoteas. Y aun quedándose en la calle, de nada servirían los caballos ni la arena en un día de revolución.

»La revolución no es un motín. Los revolucionarios, si lo son de veras, no se contentan con silbar, alborotar y correr. Si las autoridades han regado arena, ellos pueden

regar, casi con la misma profusión, otras sustancias que en ella se confundan. Harían bien los jinetes en cubrir las herraduras de sus caballos... aunque tampoco les serviría de mucho.

»Las detonaciones del fulminato de mercurio espantan a los caballos; y más los espantarían...

... ..

»Aun sin arena, el revolucionario debe estudiar el pavimento; necesita conocerlo, pues no es lo mismo la piedra que la tierra ni el asfalto que el tarugo. Hay pavimentos que arden casi como yesca. Esparciendo cianuro de calcio y amoníaco, el choque de las herraduras en el suelo producen una atmósfera de ácido prúsico. Por otra parte...

... ..

»Las mejores barricadas que yo he visto fueron las construidas en Cádiz por un batallón de cazadores que hubo de atrincherarse contra el pueblo, en diciembre del 68. Eran de papel, recogido en la Aduana y en los almacenes próximos; su espesor era sobrado para los proyectiles de los insurrectos. El pueblo, a su vez, tenía sus barricadas, pero mal dispuestas, mal situadas, hechas con sillas, tablas, barricas y colchones; algunas se componían de piedras amontonadas, las cuales piedras hubieran sido otros tantos proyectiles contra los defensores de unas barricadas tan absurdas, al primer disparo de la artillería.

»Pero lo peor en las barricadas populares es que, generalmente, se construyen en las encrucijadas más indefendibles, pudiendo ser embestidas por todas partes; y no

tardan en serlo. También se levantan a través de las calles, de una acera a otra, pero no para resistir en ellas, sino para detener un tanto al enemigo; no mucho, si se las abandona sin incendiarlas.

»Incendiar las barricadas es utilísimo, pues entretiene bastante al enemigo la extinción del fuego y el impedir que se propague. En todos los barrios hay petróleo suficiente.

»Las grandes humaredas son muy eficaces, por su efecto moral. Usan los ejércitos la pólvora sin humo; sean las que fueren sus ventajas, el pueblo debe preferir la otra. El humo de la pólvora es un gran desinfectante; ha bastado alguna vez combatir en las calles una docena de horas para impedir la propagación de una epidemia. Un ejemplo entre varios: el año 56 hubo casos de cólera en Madrid, desde el 9 de julio; el día 12 hubo tres casos, el 13 lo mismo, el 14 cuatro; pero el mismo 14 comenzó la lucha, que duró tres días, y no se registraron nuevos casos hasta nueve años después. Consecuencia indiscutible: que las revoluciones son higiénicas.

»Por triple higiene son recomendables las revoluciones.

»Volviendo a las barricadas, conviene advertir que las más útiles son las levantadas en forma de rediente delante de las puertas de los edificios ocupados por sus defensores; por los defensores de las barricadas. Estas se defienden más eficazmente desde los balcones de los edificios, dentro de los cuales también caben algunas.

»Los defensores de una casa deben abrir comunicaciones por las casas contiguas, hasta las plazas o calles adyacentes. Las zanjas, los atrincheramientos, las obras interiores de una casa, pueden y deben ser más y mejor defendidos que las barricadas en forma de rebellín del exterior. En ningún caso debe organizarse la resistencia en un

solo edificio, por sólido que sea, por bien situado que esté, sino en edificios varios que recíprocamente se flanqueen. Tampoco debe descuidarse el abrir comunicaciones entre las casas ocupadas y las alcantarillas, ni el practicar algún hornillo de mina en las entradas. Bien puede ser que todas las precauciones las haga inútiles el empleo de la artillería, a la que recurren con facilidad los defensores del orden; pero eso no debe inquietar más que a los propietarios.

»El prematuro empleo de la artillería puede ser beneficioso a los revolucionarios; si éstos necesitan amontonar escombros en determinado sitio, o satisfacer el caprichito de que caiga en ruinas determinada casa, no tienen más que ocupar la casa misma, enarbolar en ella la bandera roja y aparentar que quieren defenderla.

»Es fácil atraer la artillería a puntos que no nos importe defender. Cuando vuelva adonde puede hacer daño, no podremos impedir su marcha, si es de día, ni cavando fosos ni tendiendo alambres, pero es preciso destruir o adormecer el ganado. Para esto...

... ..

»Y con vulgares jeringas de hospital habremos inutilizado los cañones.

... ..

»No falta quien menosprecie el empleo de bombas contra un enemigo bien armado, y se recuerda que por ineficaces han caído en desuso las «granadas de mano» en todos los ejércitos.

»Efectivamente, se han suprimido aquellas granadas, y aun los granaderos que de ellas se servían lo cual no ha de impedir que se restablezca el uso de las mismas o parecidas granadas. Es claro que las futuras no serán idénticas a las antiguas, sino acondicionadas a los progresos en las pólvoras, en la civilización y en la fraternidad de los burgueses.

»Las bombas arrojadizas, como las granadas en su tiempo, serán de efecto nulo contra un enemigo desplegado. Pero alguna vez habrá de replegarse; y así como las granadas de mano se usaban principalmente para defender una brecha, un vado, un punto cualquiera en que el enemigo hubiera de aglomerarse, hoy tampoco faltarían ocasiones de emplear con fruto análogos argumentos.

»El alcance de los modernos fusiles es prodigioso; el de un proyectil de mano es muy pequeño; pero cuando se combate muy de cerca, no importa nada que los proyectiles enemigos vayan a parar muy lejos.

... ..

»Los revolucionarios deben apoderarse de los ómnibus y los tranvías, aunque sean de tracción animal, para servirse de ellos en el momento oportuno.

»¿Cómo?... Incendiándolos después de enganchar los caballos o las mulas, que al sentir el calor saldrán echando chispas hasta descarrilar, sembrando la confusión.

... ..

»Los médicos y los cirujanos se hallan obligados por su profesión a prestar ayuda a quien la necesite; pero si

alguno olvidara ese deber en días de revolución, hay que recordarle enérgicamente que se trata de un deber humanitario. Y se le hace cumplir.

»Ningún farmacéutico debe cerrar su farmacia cuando se lucha en las calles por una causa cualquiera. Si alguno la cerrare (aunque lo tengo por inverosímil), es menester abrírsela sin contemplaciones.

»En momentos revolucionarios, son más indispensables para todos, los farmacéuticos que los médicos, pues además de los medicamentos hay en las boticas sustancias que tienen mil aplicaciones.

»Importa, pues, que los revolucionarios tengan relación exacta, en cada localidad, de los médicos, de los boticarios, de los electricistas, de los artificieros y de todos los vecinos que posean licencia de armas, con expresión de los respectivos domicilios.

... ..

»Los cables eléctricos y las tuberías del gas, lo mismo aéreos que subterráneos, constituyen un elemento revolucionario de primera fuerza. El empalme de ambos elementos será más útil que la posesión de buena artillería.

»Cuando haya de abandonarse un edificio, por no ser posible o no ser necesaria la prolongación de su defensa, es preciso que antes de evacuarlo se provoquen varias fugas de gas en todos los pisos, o a lo menos en los pisos bajos.

»Aun en las calles son preciosas estas mismas fugas.

... ..

»Ultimos consejos: No os esforcéis en tomar los cañones enemigos, que os servirían de poco; pero sí el material del cuerpo de ingenieros. Y no porque os haga falta, pues lo tenéis parecido, sino para que el enemigo no posea lo que puede haceros mucho daño.

»Procurad, en los primeros instantes, apoderaros del material de incendios, aunque sea municipal. Sirve para apagar y puede servir para encender.

»Viva usted muchos años. — E».

### LOS CUATRO ELEMENTOS

Yo creo que ya no los llama nadie así; pero no importa: los griegos, que en tantas cosas mostraron un acierto superior, así los dominaron. De todas suertes, en la antigua Grecia, en la moderna Francia y hasta en la futura Patagonia, el hombre —lo mismo el individuo que la especie— necesita de los cuatro elementos para poder vivir.

Sin embargo, siendo suyos no dispone de ellos.

Aire y agua, luz y tierra, son de todos y de cada uno por la única ley que no será nunca reformada ni abolida; por la ley suprema de la Naturaleza. Es increíble, pero cierto, que contrariando esta ley, más difícil de contrariar o eludir que las mezquinas legislaciones sociales, se ha conseguido privar al hombre de la posesión de aquellos cuatro elementos. A lo sumo, le han dejado tres. Ni aun eso, pues el dominio del aire ha sido limitado por un supuesto derecho contra natura, que encierra a seres humanos en viviendas sin ventilación. El agua misma suele estar sujeta a las limitaciones de la propiedad, pues hay propietarios —individuales o colectivos— hasta del agua que brota de las peñas o baja de las nubes.

Tal vez se niegue el supuesto de que «los cuatro elementos» sean indispensables para el hombre, que ya sin ellos vive. Pero yo a mi vez, niego que viva; ¡si esto no es vivir! ¿Puede negarse que los cinco sentidos son necesarios, sólo por existir quien carezca de uno de ellos, o de más de uno?

Los mudos y los ciegos no conocen la plenitud de la vida; pero son excepciones en la Humanidad.

Tampoco pueden gozar de la existencia los que no disponen de la tierra que, como el aire y la luz, debiera ser de todos. Y éstos, ciertamente, no son en el mundo excepcionales como los ciegos y los sordomudos. Los que por su número constituyen excepción en la familia humana, son precisamente los dueños y señores de la tierra, del aire, del agua... esperando que algún invento de Edison les permite apoderarse de la luz del sol y hacernos pagar contribución por la claridad del día.

N. ESTEVANEZ.

## C O N F O R M E

La polilla, tan pequeña, diminuta, despreciable, acaba con los muebles, con los árboles, con los edificios. No ciertamente en un día, pero acaba con ellos.

Lo mismo ha de suceder con entidades sociales, históricas, potentes, como las naciones, su polilla las devorará.

¿Es un mal? ¿Conviene a la humanidad que los Estados se apolillen?

Importa poco; no es un mal ni un bien; es un hecho positivo, inevitable, fatal, como es natural la decadencia y la muerte de cuanto alumbra el sol.

Todos los seres, individuales o colectivos, están sujetos a las leyes de la naturaleza, ante las cuales no valen subterfugios, ni fraudes ni caciques, ni interpretaciones.

De ellas, sin embargo, ha intentado la humanidad defenderse; testigo: el pararrayos.

¿Y no se ha de defender de las ridículas reglamentaciones y de los absurdos códigos formulados por pigmeos?

¡También hay pararrayos para la nube negra de las legislaciones!

Todas las leyes humanas son obra del egoísmo, cuando no de la perversidad.

Morirán los legisladores, perecerán las leyes, sucumbirán los Estados, será disuelta la sociedad actual con sus artificios y convencionalismos. Sólo sobrevivirán a las catástrofes dos entidades paralelas, que desempeñan análogas funciones en la economía del Universo, la humanidad y la polilla.

Tal vez al llegar aquí se preguntará el lector: ¿a qué viene esto?

Pues nada, es que acabo de leer en un periódico el renglón siguiente:

«Los anarquistas, esa polilla de la Sociedad...»

Conforme.

N. ESTEVANEZ.





EN LA MISMA COLECCION

1. Juicio ordinario seguido ante los tribunales militares de la plaza de Barcelona contra Francisco Ferrer Guardia. Prólogo de *Enric Olivé i Serret*. Con 6 láminas y 1 retrato de *Francisco Ferrer Guardia*.
2. *Antonin Artaud*. Cartas a André Breton. Dibujos, páginas de los cuadernos (1944-1948). Prólogo de *Miguel Morey*. Antonin Artaud: El Cuerpo y la Gramática. Con dos retratos de Man Ray y 15 láminas.
4. *René Crevel*. Dalí o el anti-oscurantismo. Traducción de *Ramón Molina*. Con 1 retrato del autor, una imagen de Dalí y 10 láminas.
5. *P. Kropotkine*. Las prisiones. Presentación de *Miguel Morey*. Con 1 retrato del autor.
6. La escuela de Yasnaia Poliana. Por *León Tolstoy*. Prólogo de *Alejandro Sarvicens Marfull*. Con 8 láminas y 35 ilustraciones al texto.
7. *Pedro Kropotkine*. Palabras de un rebelde.
8. *Angel Pestaña*. El terrorismo en Barcelona, seguido de Principios, medios y fines del sindicalismo comunista. El sindicalismo en Cataluña, por *Angel Pestaña* y *Salvador Seguí* (El Noi del Sucre). Conferencias dadas en Madrid el día 4 de octubre de 1919, tomadas taquigráficamente.) Prólogo de *Enric Olivé i Serret*. Con 10 láminas.
9. Constitución de la República Española. Introducción de *Francesc de Carreras*. Con 1 retrato del Excmo. Sr. D. Niceto Alcalá Zamora.
10. *Dr. Sigm. Freud*. Lo siniestro. Estudio sobre el hombre de la arena (*Der Sandmann*), de *E.T.A. Hoffmann*, Traducciones de *Luis López-Ballesteros* y de *Torres y Carmen Bravo-Villasante*.
11. *A. Lorenzo*. Criterio libertario. Con 8 láminas inéditas.
13. Dos años en Rusia. Diez artículos publicados en *The World*. Por *Emma Goldman*. Introducidos por *J. de Borran*, traducidos y editados por Aurora, revista quincenal. Nueva York, 1923. Con 1 retrato de la autora.
14. *Henri Michaux*. Textos. Pruebas, Exorcismos (1940-1944), Plume, precedido de *Lejano interior*. Encuentros con E. Michaux, por *E. M. Cioran*. Traducción de *Eva del Campo*.
16. *Alfred Jarry*. Gestos, seguidos de los Paralipómenes de Ubu. Traducción de *Françoise Marti*. Edición ilustrada con 7 láminas y dibujos de *Geo. A. Drains*.

EN LA COLECCION "VISIONS"

1. *Visiones de guerra y de retaguardia*. Serie A. Retrospectiva. Prólogo de *Josep Fontana*. Con 124 láminas. Formato 25 x 20. Edición bilingüe.

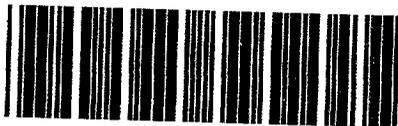


criminal atentado a los abuelos del actual Monarca, que por su conocimiento de los teóricos del movimiento libertario, era sin duda el anarquismo del desclasado, del torturado.

Por último nos hallamos ante el anarquismo "pasado - por - agua" de un Nicolás Estévez. Estévez podría bien ser el exponente máximo del republicano liberal decimonónico impresionado por el "humanismo" ácrata. El antiguo militar se dejó llevar por una actitud romántica, pero nunca fue el fruto de la reflexión sobre la miseria, la opresión y la injusticia. El anarquismo del ex - republicano será el mismo que el de los modernistas catalanes: una moda, una pose.

En cualquier caso este texto puede, no sólo servir de documento histórico, sino hacer reflexionar sobre la decisiva influencia que el anarquismo ha obrado sobre ámplios sectores de la sociedad de principios de 1900.

ULPGC.Biblioteca Universitaria



\*623742\*

BIG 929EST MOR pen

